

COLUMNA

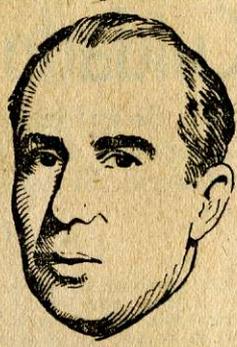
Rep 10/13 Valer

La Liga de la Decencia, y la Recuperación de la Educación

Por ENRIQUE PIZZI DE PORRAS

ESCRITORES, REPORTERS, periodistas y comentaristas, en las columnas de la prensa como ante los micrófonos, vienen echando sus sendos "cuarto a espadas" en este importantísimo asunto a que parece haberse querido poner de frente una titulada "Liga de la Decencia", al punto de que por el escándalo inicial de su actuación en cierto cine, por una película más o menos como se han exhibido y se continúan exhibiendo tantas, alcanzó una publicidad que parecería mostraría como acaparadora del magnífico propósito.

Muy bien; magnífico que se agrupe un contingente de ciudadanos, y haga suya una causa como la de la decencia. Pero mejor todavía que su órbita de acción se extendiera hacia otro horizonte que se nos ha puesto en tinieblas, y de la "Liga de la Decencia" entrara a ser al propio tiempo, y con mayor ahínco que en esta labor, la Conjura o la Cruzada de la Buena Educación.



* * *
ESTAMOS PEOR DE EDUCACION que de decencia. Dicho sin rodeos, somos mucho más maleducados que indecentes. La decencia es reflejo de la moral, los principios infiltrados desde la infancia, (congenitos en la mayor parte de las veces), y de la cultura. La mala educación es un vicio detestable que denota egoísmo, desdén por los derechos de los demás, ignorancia, incultura y desconsideración para los semejantes. Lo que tropezamos en la vida diaria, y no solamente en las esquinas y en los cafetuchos, en los espectáculos y en los omnibus, sino en los clubs que se tienen por exclusivos, y en las auías que tendrían que ser ocupadas con devoción, y hasta en los velorios y actos y sitios más respetables, es grosería, desparpajo, irrespetuosidad, chabacanería, vulgaridad. Y como los productores de estas manifestaciones desagradables no son sólo procedentes del solar, la calle y el cuartucho pobre y la escuela de barrio, sino que de modo igual brotan de las "familias más decentes", como suele llamarse por **barbarismo** a las más acomodadas, y de los grandes planteles de enseñanza, tenemos que llegar a la conclusión de que la crisis no es de decencia; porque sujetos y familias, palacios y habitáculos, pueden ser y son igualmente nidos de decencia y de moral; luego la crisis, la que está en quiebra, la que nos tiene herida la sensibilidad, la que ha volteado del revés la exquisita forma que dió al criollo cubano la honrosa fama de hidalgo, cortés, amable y fino, es la pérdida de la educación.

* * *
FELIZMENTE DISTAMOS MUCHO de ser un pueblo inmoral. No somos un conglomerado de indecentes. Se toma al más deslenguado de los individuos con quien podamos encontrarnos; se escucha desbarrar al más insolente que pudiera buscarse, se habla de ciudadano a ciudadano con él, se le acompaña a su casa, y nos encontraremos a lo mejor con un buen padre de familia, excelente hijo y mejor esposo, que cuida del bienestar de su hogar, y se sacrifica en comodidades, confort y hasta alimentación y placeres sanos, por que sus hijos estudien y sean lo que él no pudo ser. O sea, que aquel insolente no era un inmoral ni un indecente; no era más que un mal educado.

Para sacudirnos ese mal y vernos libres de él, bien está que se constituyan una Liga de la Decencia y todas las agrupaciones que se quiera. Pero el germen del mal que nos aflige no está en la falta de sentimientos nobles, ni en la inmoralidad, ni en la ausencia de virtudes, ni en un desbordamiento de la sensualidad; en breves palabras: no está en la indecencia. Lo conducente a devolvernos aquella hermosa manera de comportarse el cubano, es la recuperación de la educación, el cultivo de la cortesía, el ejemplo de las buenas maneras, el respeto y la consideración a los demás. A esa práctica y esas enseñanzas estamos obligados todos.

* * *



2

ESOS QUE CHILLAN COMO SIMIOS y vociferan impostando la voz para que se les oiga más que a nadie en la vovcingiería descompasada del café, del restaurant, del espectáculo, del club, del taller, de la oficina, del vehículo y aun de los propios hogares, no son indecentes; no les hace falta más moralidad de la suficiente que tienen, ni más decencia de la que guardan. Lo que necesitan es, educación. Esos que llegan a las salas de los cines a charlar en voz alta, provistos de cartuchos, a masticar como caballos, rositas de maíz, chicharrones, galletas o caramelos, convirtiendo las localidades en pesebrés o en cochiqueras, son a lo mejor personas buenas, decentes, pero carentes de educación. Ese empleado que al acercarse el cliente al mostrador o a la ventanilla, igual en las dependencias públicas que en el comercio, lo acoge con la frescura chabacana de un: "¿Me dijiste?", puede ser honrado, puede ser decente, puede ser moral, limpio de conciencia; más de lo que no cabe duda es, de que desconoce la educación.

* * *

EL COMPORTAMIENTO EDUCADO tiene en su contra que muchas personas lo toman erróneamente, por ignorancia, como servilismo o sumisión. Muchos groseros creen que los considerarán más hombres, más listos, más inteligentes, cuanto más griten al hablar; y otros piensan que se les tomará por más valientes, más aguerridos, más enteros, cuantos más sapos, culebras, insolencias y blasfemias suelten por la boca. Estos últimos, en la mayoría de los casos, no son sino infelices que desahogan su infelicidad vomitando desvergüenzas. Todo lo cual no es otra cosa que desdén por la educación, ignorancia de los bienes que la educación proporciona, reacciones de la inferioridad que halla ese modo de manifestarse, tan poco riesgoso como grandemente molesto.

* * *

ES INNEGABLE QUE no todo es monástico y conventual. También la decencia tiene sus quiebras, como en todas partes, pero nunca al extremo entre nosotros como para que la ciudadanía tenga que salir por sus fueros. La indecencia está ciertamente en los cines, pero no precisamente en las películas, sino en los concurrentes, que no van a ellos como espectadores, sino como aprovechadores irrespetuosos de la propia dama a quien acompañan. Por el precio de la localidad en un lugar oscuro, se consideran con derecho a hacerse allí el amor y la caricia, sin consideración a los demás asistentes; y eso, más que inmoralidad, más que indecencia, es estupidez y falta de educación. Como es asimismo falta de educación y estupidez, la de los galanes que se hacen el amor en todos los grados mientras circulan por la población al timón de sus autos o los estacionan donde les parece. Ahí la falta de educación infringe ordenanzas y hasta leyes, y son casos completamente policíacos. Con policía tan justa como inflexible, jueces inarrodables y el severo castigo correspondiente, se acaba esa grosería. Y para el futuro, educar. Educación en el hogar; educación en la calle; educación en el trabajo; educación en las aulas. Y cuando la educación tome el sitio que en las maneras del criollo no debió perder jamás, y nos sature e invista de aquel tono y aquellos modales que tan honrosa y agradable fama dieron al cubano, veremos cómo la Liga de la Decencia tiene que disolverse por inútil. No somos, ni con mucho, lo indecentes que nos ha querido ver esa organización un tanto ofensiva para nuestra dignidad. Lo que sí padecemos, y el mal nos ege todo el cuerpo, es una terrible falta de educación. Que ofrece consecuencias semejantes o peores, pero que no es lo mismo.

Escrito, Sep 10/23



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA